

que tenía al individuo entre sus garras. No se amaba al ejército, pero sí era posible amar a un batallón o a un regimiento, identificarse con sus propósitos, sentirse orgulloso de sus hazañas, y deplorar todavía con más intensidad el baldón que manchaba el nombre de una división que huía ante el enemigo. Cuando el oficial en funciones dictaba sus sentencias en el cuarto de guardia, ya no era tanto el coronel del regimiento como el instrumento impersonal e involuntario por medio del cual obraba el ejército; pero, por otra parte, cuando con su presencia inspiraba a sus soldados resistencia sobrehumana, era entonces *su* coronel, la personificación del regimiento.

Cuando el proceso de fundir al individuo en la masa se ha terminado, la cuestión ya no es la de los móviles del soldado individualmente, sino los del ejército considerado como un todo. Pero antes de tratar de éstos hay que mencionar dos móviles que bien pueden clasificarse como individuales: primero, la rabia instintiva que le hace a uno disparar con saña contra el individuo que trata de matarlo, la